

masones de Lima anunciaban la inauguración de un suntuoso y vasto hospital establecido por *sus hermanos* de Buenos Aires para socorro de los indigentes, y elevando hasta las nubes la obra filantrópica de aquellos: «¿cuándo, decían, podremos contar nosotros empresas iguales que hayamos realizado para bien del género humano?» No advertían los que así exclamaban que el suntuoso y vasto edificio era un antiguo convento de religiosos, que la autoridad política de Buenos Aires, despojando á sus legítimos dueños, había convertido en hospital y que el vecindario se había suscrito por una cantidad suficiente para sostener un número dado de pobres de solemnidad. De suerte que cuanto había de *suntuoso y vasto* en la obra que se elogiaba era debido á los religiosos que construyeron el edificio, no á expensas del gobierno sino con los elementos que ellos reunieron. Y no obstante: ¿qué han hecho los frailes en beneficio de la sociedad? decían los framacosones de Lima en esa circunstancia.



CAPÍTULO XLI

Reaccion saludable que se inicia por la educacion. — Intolerantes. — Seminario de Santo Toribio. — Misiones de Chachapoyas. — El P. Plaza, prefecto civil y misionero. — Un lance curioso de este hombre apostólico. — Misiones del cerro de Sal y del Ucayali.

La existencia de males profundos é inveterados que trabajan sin cesar la vida de los pueblos, lleva al entendimiento á pensar cuál es el remedio que debería aplicárseles. En las enfermedades que afligen y comprometen la existencia de nuestro ser físico, el facultativo hábil, al suministrar las medicinas convenientes al paciente, trata de cortar las raíces del mal en cuanto sea posible para que no vuelva á repetirse. Del mismo modo debería procederse en las dolencias sociales: al combatir las, no tan solo han de proponerse los hombres de Estado calmar los sufrimientos presentes, sino buscar para las generaciones futuras su eficaz preservativo. Mil veces lo hemos dicho, los políticos mas eminentes, despues de tocar infructuosamente cuantos arbitrios ofrecen las leyes humanas y cuantos medios presentan los estímulos del

nteres, del honor y del amor propio, concluyeron que solo á la religion es dado curar las llagas morales y deramar sobre los miembros del gran cuerpo social el bálsamo que les preserva de los vicios que le enferman. No nos equivocamos asegurando que los hombres sensatos han conocido en el Perú la necesidad urgente que existe de propagar los principios religiosos y especialmente la de cimentar sobre estos la educacion de la juventud. Cuando hemos visto al sentimiento católico luchar abiertamente contra los artículos de la constitucion que le ofendian, despues de haber triunfado en el recinto de la convencion, cuando se trataba de tolerar templos de todos los cultos en el territorio peruano, que jamas conoció otra religion ni otra fe que la católica, hemos creido tambien divisar el principio del movimiento saludable que debe producir en todos los espíritus esa reaccion que haga católicos prácticos de todos cuantos hoy son solamente católicos por el bautismo. Los políticos han visto que la nacion quiere que su código fundamental nada contenga que no se encuentre en perfecta armonía con la religion que profesa, y por la que tan dispuesta se manifiesta á hacer toda especie de sacrificios. Han visto levantarse de todas partes los ciudadanos pacíficos para protestar contra esa constitucion que atacaba rudamente las leyes de la religion católica, y han visto tambien empeñarse sangrientos choques cuyos caudillos se proclamaban « defensores de los principios religiosos. » No contribuye ménos para mostrarnos esa reaccion la solicitud con que los buenos católicos hoy ostentan su fe, como si con sus prácticas religiosas quisie-

ren reprobar la cobardía de algunos que ocultan sus creencias para no llamar sobre sí la atencion de los que afectan no creer y para refutar la necia conducta de otros que burlan y ridiculizan lo que no está en conformidad con sus opiniones. El proceder innoble y de ningun modo ilustrado de estos últimos tiene en la América española tantos adictos cuantos son los individuos que forman esa *turba multa* sin educacion, sin instruccion y sin principios fijos. « ¿ Quereis, decia el conde de Maistre, conocer cuáles son los ciudadanos que en todos los países proceden sin conciencia ni opinion propia en materias religiosas? Consultad cuáles son los que hacen alarde de insultar la fe y la piedad de los que creen, y esos son los que vosotros queriais conocer. » Dia por dia esos hombres se empeñan en acusar de intolerancia á los sacerdotes católicos y á todos los buenos que con su conducta y con su celo oponen una fuerte barrera al torrente de la disolucion. Las invectivas que se les oye con tal motivo hacen creer que ellos solos son tolerantes y los que observan la conducta que piden á sus adversarios. Mas se engaña quien esto crea, porque esos que aspiran al renombre de liberales, de espíritus fuertes y de incrédulos, como si tales nombres pudieran ser honorosos alguna vez, son ordinariamente intolerantes. Dan voto en toda materia y, siempre resolviendo con voluntad caprichosa, pretenden imponer á todos como ley su opinion, por absurda é ignorante que sea. Sin conocimientos bastantes para discutir, evitan toda conferencia donde han de verse obligados á sostener sus doctrinas en presencia de hombres competentes. Mientras tanto

calumnian lo mas santo y venerable que existe, y como la virtud y la inocencia reprenden amargamente su corrupcion, las combaten y las insultan donde quiera que las encuentran. Derraman sus necias y repugnantes sátiras sobre todo lo que participa de la religion, de la fe y de la piedad, y ponen en ridiculo á cuantos practican sus inspiraciones. Los que proceden de esta manera son verdaderos intolerantes, la religion y la sociedad, la fe y la moral, los consideran como sus mas perniciosos enemigos, y nada debe admirarnos por eso que todo hombre que conoce y aprecia la dignidad y el valor de aquellos preciosos dotes del cristiano y del ciudadano, los evite cuidadosamente. En el Perú y con especialidad en las ciudades capitales, esta raza temible, propagada considerablemente, habia influido para el menoscabo de la religion y especialmente de las prácticas piadosas que poco ántes le distinguian entre todos los pueblos que forman la gran familia americana. Hubo tiempo en que las personas devotas se ocultaban de los demas para entregarse á sus prácticas de piedad, y en que la concurrencia á los templos y los ejercicios públicos de la religion parecian pertenecer solamente á las mujeres ancianas y á los negros, pues que estos solos eran los que los frecuentaban. Las personas que se decian ilustradas, la clase de la sociedad que aparece mas, y los que por su posicion están llamados á influir en los negocios públicos, se retiraban de los templos, se avergonzaban de aparecer como cristianos, y cuando mas indulgentes eran con las prácticas de su fe, las abandonaban en su familia á las criadas y á los esclavos.

En lugar de los libros de religion y de moral que tuvieron las jóvenes en sus manos para grabar en su corazon los principios que forman la esposa fiel y la madre tierna y cuidadosa, aparecieron los gabinetes de lectura y las bibliotecas de familia inundados por novelas inmorales, por obras llenas de errores contra el dogma católico y por todos los libros mas perniciosos y cuya lectura trasforma las acciones y pervierte las conciencias. Las consecuencias de este mal las conoce todo el Perú; conoce hasta dónde han sido funestas á la sociedad, y las conocen tambien los países vecinos, escandalizados por suicidios vergonzosos cometidos en medio de la desgracia por peruanas sin fe. Hechos tan graves como estos son los que ha acarreado al Perú la irreligion que intentaron inocularle ateos y filósofos. Mas el buen sentido de la nacion rechaza hoy todos aquellos extravíos y condena solemnemente las doctrinas de los que condujeron hasta ese punto á los espiritus. Hoy nadie se avergüenza de su fe, ni nadie habrá que en Lima ó en alguna otra de las grandes ciudades del Perú oculte su concurrencia al templo, ni se esconda para hacer sus prácticas de piedad. He visto con edificacion á un número muy crecido de jóvenes estudiantes congregarse en retiro espiritual y ejercitar tambien reunidos las obras de misericordia. La prensa de Lima ha publicado diversos libros que tienden á levantar los entendimientos del fango en que los hundén el ateísmo práctico y la indiferencia religiosa, y todo hace esperar que la victoria de la verdad sobre el error en las inteligencias extraviadas será cada vez mas completa y mas espléndida.

No contribuye poco á estas nuestras esperanzas el movimiento saludable que se opera en el clero y principalmente en los seminarios destinados á formarlos. Un prelado muy conocido ántes por sus hábiles manejos como político y después por su celo y rectitud como obispo, imponiéndose toda suerte de privaciones, reunió durante su gobierno de la diócesis de Lima la cantidad suficiente para mejorar el antiguo seminario de Santo Toribio en lo material y en lo moral. Sorprendido por la muerte cuando realizaba su proyecto, instituyó al seminario mismo por heredero de sus bienes y encargó llevarlo á cabo á toda costa. Su sucesor aplicó sus esfuerzos á realizar el plan que habia concebido y cuya ejecucion dejaba iniciada el arzobispo Luna Pizarro, y el seminario en efecto recibió grandes mejoras y medios suficientes para llenar su objeto.

Ni son ménos lisonjeros para el corazón católico los resultados felices con que la Providencia ha coronado las tareas evangélicas, la abnegacion y la constancia de los celosos obispos Arriegui y Ruiz que evangelizan á los pueblos en los climas mortíferos del vasto territorio de Chachapoyas. Los trabajos de aquellos dos hombres apostólicos nos recuerdan tantos rasgos hermosísimos en que abunda la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Dios en los secretos de su providencia prepara en todos los tiempos y bajo todos los climas hombres que propaguen su fe y enseñen prácticamente la observancia de sus sagrados preceptos. Las misiones de Chachapoyas donde tanta abnegacion y tanta constancia mostraron los padres franciscanos españoles en el siglo diez y ocho, fueron

ilustradas en el presente por la eleccion providencial hecha para el episcopado en los dos sacerdotes que hemos nombrado poco há. Ambos visitaron sus vastas comarcas, ambos soportaron privaciones infinitas, y ambos ganaron como fruto de su trabajo un número crecido de convertidos á la fe de Jesucristo.

Cuando los españoles trabajaban por civilizar los pueblos numerosos que comprenden las misiones de Chachapoyas, pagaban á los jefes militares y á los magistrados civiles que establecian en sus colonias un premio que les compensase la incomodidad de un largo viaje y los peligros de un mal clima. Los obispos y los misioneros jamas han exigido ni recibido de gobierno alguno un premio semejante; sin embargo fueron ellos los que pusieron los cimientos de la civilizacion enseñando los principios del cristianismo, fueron ellos los que abrieron escuelas y los que edificaron templos en cuyo rededor se fundaron pueblos numerosos y florecientes. Cuando la crónica moderna del Perú aparezca escrita por hombres imparciales, entónces una de sus más bellas páginas será la que contenga las proezas de aquellos célebres campeones de la civilizacion cristiana. ¿Cuáles rasgos hay más hermosos ni más heróicos que los del venerable P. Plaza, prefecto civil y misionero á un tiempo del distrito de Amazonas? Él solo civilizó mayor número de indígenas que cuantos conocieron los jefes militares en aquellos mismos sitios: él penetró en lugares donde ningun otro hombre civilizado habia llegado hasta entónces, y él solo conoció tribus, comarcas y dialectos desconocidos hasta aquella época á los españoles y á sus descendientes

y sucesores en el gobierno del Perú. Él fué instituido prefecto civil del territorio del Marañon y juntó de esa manera el poder político al religioso que le correspondia como prefecto de las misiones. Treinta años vivió entre los indígenas y en tan largo período de tiempo conoció las vastas regiones que baña el Marañon en los territorios del Ecuador y del Perú con tanta exactitud como pudiera conocer un señor las porciones de su pequeña propiedad. Viajaba solo y á pié por entre las selvas espesísimas y las rocas escarpadas de aquellos fragosos montes. Ni los rios, ni las aluviones, ni las distancias, ni los precipicios le arredraron jamas en sus penosos y continuos viajes. La enfermedad de un cristiano, el bautismo de un niño, los negocios de una tribu eran para el P. Plaza objetos sagrados que no demoraba por grandes que fuesen las dificultades que le estorbasen moverse con prontitud. En uno de esos viajes apostólicos que por lo regular hacia solo, pero otras veces acompañado por algunos de sus neófitos, fué arrestado por una partida de soldados que recorria la campaña en persecucion de los restos dispersos del ejército español. — Párese V., dijo el sargento al misionero. — ¿Qué cosa manda? contestó el padre sin inmutarse. — Venga conmigo donde está el capitan. — ¿Qué hacia V., le dijo este, en la montaña? ¿Es V. acaso un capellan del ejército español? — Soy misionero en el territorio del Marañon; hace quince dias que camino y aun demoraré algunos mas para llegar á Trujillo. — ¿Por qué no toma V. un caballo? — No le tengo, y poco me aprovecharia aun cuando le tuviese, porque las selvas y las cordilleras por donde necesito transitar no permiten

andar sino á pié. — Le daré á V. una orden para que no le molesten las partidas distribuidas por el camino, en caso de que le encuentren. — Agradezco infinitamente la atencion que V. me dispensa, pero la orden que me ofrece es inútil, porque tomaré un camino por donde estoy seguro de no encontrar partida alguna. Así fué, en efecto; el P. Plaza obligado por las instancias del jefe á aceptar un caballo, montó en él y se retiró; pero lo devolvió un indigena á las pocas horas en nombre del misionero que, acostumbrado á marchar á pié, no quiso aprovechar la cabalgadura que le proporcionó el jefe militar. El P. Plaza fué algunos años despues instituido obispo de Cuenca en la república del Ecuador, cuando ya habia permanecido casi medio siglo entre los indios del Marañon. Los hechos singulares de su vida que refieren aquellos, su incansable laboriosidad, su caridad á toda prueba grande, su celo siempre benéfico, y su genio fecundo para encontrar recursos aun en las necesidades mas urgentes, le granjearon entre los salvajes el renombre de Santo que aun recuerdan en medio del entusiasmo mas intenso. Algunos hombres emprendedores, impertérritos, celosos é infatigables como este bastarian para convertir á la fe cristiana á todos los infieles del Marañon; ¡Quiera la Providencia concederlos en beneficio de aquella numerosa porcion del género humano!

Mientras tanto los religiosos del colegio de Ocopa no han cesado de trabajar por dar á conocer las verdades del cristianismo á los infieles. Las verdes riberas del rio Apurimac fueron enrojecidas con la sangre de los franciscanos Cimini y Morentin, que murieron mártires á manos

de los salvajes que se proponian convertir (1); las aguas del Chanchamayo rodaban el cadáver del P. Galizans, que se esforzaba por instruir en las verdades del cristianismo á los bárbaros del « cerro de la Sal, » mientras que su compañero era perseguido á flechazos (2). Las tribus del Ucayali recibian al P. Pallares y á sus hermanos con sus lanzas enristradas, y no era mas halagüena la suerte del P. Calvo, predicando á las numerosas tribus que habitan entre Huanuco y Parayacú (3). ¿La sangre de tantos mártires y las fatigas de tantos confesores serán acaso infructuosas para la conversion y civilizacion de aquellos infieles? No lo creemos ni un instante.

(1) Año de 1852.

(2) Año de 1850.

(3) Año de 1857.



NOTAS

N.º 1 (A)

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Montevideo, Enero 10 de 1859.

Por diversos conductos, y principalmente por la prensa periódica, ha llegado á noticia del gobierno, que el sacerdote que ocupó la cátedra del Espíritu Santo en la ceremonia de la recepcion de las nuevas hermanas de caridad, que tuvo lugar el 6 del corriente, ha emitido en esa ocasion doctrinas tan extrañas y permitidose alusiones tan inconvenientes, que han causado no pequeña alarma en el espíritu de una gran parte de la poblacion, considerándolas como el gérmen de perturbaciones futuras que podrian aparecer mas tarde á la sombra de principios y de teorías religiosas, falsamente explicadas.

No debe ocultar el infrascrito el profundo desagrado que ese hecho ha producido en el ánimo de S. E. el Sr. presidente de la república, por las consecuencias que él pudiera ocasionar, y que serian un complemento á las agitaciones políticas que ha experimentado el país; así como tampoco su sorpresa al saber que el orador en cuestion pertenece á la Compañía de Jesus, de cuya asociacion es Vd. el superior, y cuyo ejemplo contrariaria completamente los propósitos de S. E. el Sr. presidente, que al expedir el decreto de fecha 28 de Junio del